

AUTORES Y CRITICOS

SOBRE BIBLIOTECAS UNIVERSITARIAS (*)

Múltiples factores influyen para que se destaque cada día con mayor vigor la importancia de las bibliotecas universitarias, cuya órbita sobrepasa la de una simple repartición al servicio de quienes actúan dentro de los recintos docentes, para proyectarse más allá de sus límites, haciendo llegar su función auxiliar, irremplazable hasta ahora, del quehacer cultural y de la investigación científica, a una extensa área que va de lo local a lo nacional, lo regional y lo universal. Primera entre las vinculadas con la ciencia y el ejercicio del intelecto, la biblioteca universitaria camina hacia un ideal, cual sería la de hacer virtualmente una de todas, unidas las de las universidades y de los centros científicos, tal como es ya realidad en más limitadas zonas geográficas y principio de otra realidad el entendimiento y el intercambio de materiales entre instituciones separadas por largas distancias.

La biblioteca universitaria, acuciada por exigencias en las que sus directores ni soñaron cincuenta años atrás, ha sido llevada a un extraordinario desarrollo, en potencialidad bibliográfica, en edificios, en instalaciones y sobre todo en servicios. Se ha ido transformando en centro de documentación, dinámico y de suma eficacia, pero la base de su labor se asienta hoy, como siempre y al igual que la actividad toda de la cultura, en el impreso. En el impreso original, en el que se copia,

(*) WILSON, Louis R. y TAUBER, Maurice F., *La biblioteca universitaria; su organización, administración y funciones*. Trad. de Jorge Aguayo. Washington, Unión Panamericana, 1963, 389 p. doble columna ("Manuales del bibliotecario, 4"). [Impreso en México, Talleres de Gráfica Panamericana, 1964].

microfilma o televisa, pero siempre en el impreso. Cada vez que alguien pretende hacer de augur y habla de que nuevos descubrimientos anticipan su desaparición, la realidad de los hechos parece confirmar que estamos viviendo aún en la era de la imprenta. Podemos, pues, seguir teniendo fe en la eternidad del libro.

En relación con la universidad de la que forma parte, la biblioteca puede ser su mejor reflejo y cabe decir que una biblioteca deficiente representa siempre una universidad limitada. De ningún departamento cabe afirmar que tenga igual representación, ya que los afanes o la especialización universitaria pueden asignar a algunos un segundo plano, sin dejar de tener la institución una extraordinaria jerarquía. Pero para que así sea habrá de disponer, indudablemente, de una adecuada biblioteca. Es una realidad que ven y comprenden quienes viven en el ámbito universitario. Ocorre sin embargo con alguna frecuencia en nuestros países hispanoamericanos que éstos, cuando llegan a los cargos de conducción, pierden la voluntad de impulsarla, posponiendo la solución de sus problemas a los de la última repartición administrativa.

Son las que anteceden reflexiones que, entre otras muchas, nos va sugiriendo o concretando la lectura de la edición castellana del clásico libro de Wilson y Tauber sobre las bibliotecas universitarias. Habría sido oportuna su publicación en nuestro idioma en el momento mismo de su primera aparición en inglés, pero no lo es menos ahora. Aunque conocida ya en el original por los más inquietos bibliotecarios, la versión de Aguayo tendrá la virtud de llevar sus enseñanzas a todos, de incitar al trabajo constructivo, a salir del detalle catalográfico, de la charla bizantina y de reuniones intranscendentes que a nada práctico conducen, y también de esa elaboración de proyectos ideales con que tanto se deleitan muchos hombres del oficio. Puede que incluso incite a otros —los de la dirección universitaria— a proporcionar a las bibliotecas los elementos que necesitan para actualizarse.

El libro de Wilson y Tauber es un texto escolar, un tra-

tado, un manual de procedimientos, una guía y hasta un *survey*. Todo a la vez. Aunque trae algunas referencias a bibliotecas universitarias europeas, éstas son escasas porque se centra totalmente en las actividades de las estadounidenses. Necesitaríamos en nuestro idioma libros similares que nos detallaran el trabajo de las otras, no menos ilustrativo; las de Alemania y Gran Bretaña, por ejemplo. Pero para nosotros, los latinoamericanos, es por cierto la referencia a lo que se hace en el país del norte lo que más nos aprovecha, desde que la actividad bibliotecaria se ha ido canalizando siguiendo la que allí se cumple, en el tecnicismo de la tarea interna, en la bibliografía y en la orientación general de las instituciones.

Dos verdades surgen del libro que comentamos y que no están relatadas en él: la comprensión por parte de los estudiosos, docentes, investigadores y consejos universitarios de la importancia que tiene la biblioteca, en primer término. En segundo, la capacidad alcanzada por los bibliotecarios norteamericanos como directores o administradores y que ha dado lugar a la formación de equipos humanos de trabajo eficientes profesionalmente y alentados por una conciencia bibliotecaria y social que culmina en una tarea cuyo beneficio para la cultura nadie puede discutir y se destaca, al igual que en el ámbito universitario, en el de la biblioteca escolar y el de la biblioteca pública. En el campo profesional ha sido esta eficiencia más que las demandas sindicales lo que ha colocado a los colegas de allí en la situación en que están y que si no es de privilegio económico (cosa que nunca ocurrirá en el sector docente ni en ninguno del conocimiento y del saber), permite a quienes trabajan para la cultura una vida digna y un campo de acción cuyos límites no se establecen por los de la entidad donde están trabajando en determinado momento, puesto que existe allí la realidad de una carrera bibliotecaria que cubre todo el país.

Tiene el libro que motiva este comentario un excelente ensamble y en sus dieciséis capítulos se brinda al lector un ma-

terial informativo conciso y preciso. Se caracteriza por la información, una información objetiva que permite plantear problemas, destacar virtudes y señalar deficiencias de las bibliotecas universitarias de los Estados Unidos. Enfoca su vida en distintos aspectos: posición que ocupan en la estructura de la universidad, administración de sus recursos, organización interna, personal, fondo bibliográfico y de materiales especiales, función docente, cooperación interbibliotecaria, especialización, edificios y equipos, problemas que afrontan, etc. Destacan los autores algo que por momentos se olvida y es que la biblioteca universitaria no debe considerarse sino como una parte del cuerpo a que pertenece. Sus objetivos son los de la universidad y sus bases están o deben estar fijadas en la ley de creación o acta fundadora. Depende directamente del consejo universitario o del rector y el bibliotecario director ha de hacerse presente, como los directores de los cuerpos docentes, en las reuniones donde se tratan los problemas de la enseñanza, la investigación o las finanzas, porque el cumplimiento de los programas depende en buena parte de los recursos bibliográficos y la biblioteca tiene que asumir su propia responsabilidad, adecuar sus servicios a tales programas y bregar por los fondos que le permitan atenderlos. El texto destaca en forma especial esos servicios en relación con docentes, investigadores y alumnos de los cursos superiores, donde radica sin duda su más valiosa tarea. También la más delicada y compleja, la que exige más abundante y variado material bibliográfico y documental para menor número de personas, a la inversa de lo que ocurre con las necesidades estudiantiles de los primeros cursos. Corresponde destacar un párrafo, referente al bibliotecario: "sin duda existe el peligro de que algunos bibliotecarios se absorban tanto en los tecnicismos de la profesión que pierdan de vista los objetivos de su trabajo". Los objetivos principales, los de la biblioteca, se han fijado en el momento de su creación, o en el correr del tiempo, por los conductores de la universidad. El bibliotecario ha de trabajar para cumplirlos. A eso tienden sus desvelos y con el mismo propósito asocia la repartición a enti-

dades similares, coordinándose una colaboración mutua que beneficia a todos. Si no existen normas o reglamentos que rijan su vida, la biblioteca acusa falta de eficiencia.

Hay diversidad de normas para la labor, lo que deriva de la estructura misma de la respectiva universidad, de la diseminación o reunión de centros docentes, etc. Eso hace que no pueda establecerse rigurosamente el número de bibliotecas que deba tener cada una de las centrales fuera de su propio edificio, pero sí que en su casi totalidad (algunas escuelas, como las de derecho, ingeniería y medicina, parecen gozar en la mayoría de las universidades de su propia autonomía) han de depender del organismo central. Por eso, a la inversa de lo que es general entre nosotros, no se habla en cada caso de *las* bibliotecas sino de *la biblioteca*, pues, como ocurre con los "sistemas" de las bibliotecas públicas, varias salas o edificios habilitados en sitios distintos no constituyen bibliotecas de por sí sino partes de una que lleva sus servicios a donde pueden ser más eficaces. No se oculta una característica de los docentes e investigadores, que parece ser universal: el afán de tener en su propio gabinete, hasta considerarlos propios, los libros de su especialidad, que no siempre necesitan y sustraen al uso común.

Existe, o debe existir porque es necesario, un consejo o comisión de biblioteca y sus funciones son de asesoramiento y no de intervención en lo que es tarea y responsabilidad propia del director y su personal técnico, cuya colaboración se destaca en los más diversos campos del programa universitario, incluso el de extensión. Señalan los autores los beneficios de la planificación y precisan los deberes del director, a quien consideran justamente capacitado para discutir con las autoridades superiores los programas y problemas de la repartición.

La organización de las bibliotecas universitarias norteamericanas no es pues, uniforme, pero están por cierto organizadas y son eficientes, que es lo que importa. Se sigue debatiendo aún sobre centralización y descentralización, sobre catálogos diccionarios o sistemáticos. Unas tienen y otras no bibliotecarios de consulta y existen diversos enfoques para establecer la cate-

ría profesional o administrativa de su personal, pero hay acuerdo en que ha de acentuarse su solidez cultural, la preparación y los conocimientos generales de quienes se deciden por esa profesión, en la cual se está exigiendo el doctorado para llegar al cargo de bibliotecario jefe, destacándose la proyección académica del cargo y que “un buen bibliotecario universitario en la actualidad es una combinación de técnico, investigador y administrador”, sin negar que puede darse con no profesionales capaces para dirigir y administrar bibliotecas universitarias. Así es como se ha llegado en los Estados Unidos a la eficiencia que acusan sus bibliotecas, universitarias o no. En la búsqueda de esa eficiencia surgieron los catálogos colectivos, los centros regionales y la coordinación de la labor entre instituciones que tienen iguales necesidades y parejos afanes (en el medio oeste dieciséis bibliotecas trabajan en un mismo programa), la emisión de fichas impresas, la extensión de servicios y la transformación de edificios para que sirvan mejor. No se oculta que hay muchos problemas sin resolver, pero existe el propósito y la decisión de resolverlos. Los bibliotecarios los estudian y —lo asientan los autores— no están dispuestos a que opiniones de los viejos líderes ni tradiciones arraigadas impidan la elección de nuevos caminos. El crecimiento a veces desorbitado de las colecciones de libros y las necesidades de los usuarios así lo exigen. Wilson y Tauber creen que algunos problemas y dificultades de la época actual se han ido creando porque los bibliotecarios “no han sido expertos en eficiencia ni han tenido un cerebro mecánico” y culpa de ello a que se reclutaron “principalmente entre las personas cuya formación básica han sido lenguas, literatura, historia y filosofía en vez de ciencias sociales, ciencias e ingeniería”. No es el momento de discutir esta opinión, pero puede asentarse que si es cierto lo de la formación humanista de los viejos pioneros no lo es menos que su trabajo llevó las bibliotecas a su actual posición y que los problemas actuales, en organización, en servicios, en edificios e instalaciones, no deriva de la anterior pereza para hacer. La solución de unos problemas genera frecuentemente otros.

Estas líneas han surgido al pasar, leyendo o, mejor dicho, releendo luego de algunos años el libro de dos estudiosos que mucho han aportado a la bibliografía biblioteológica. La obra original tuvo una primera edición en 1943, una segunda de texto actualizado en 1956, y una tercera tirada en 1964. Por cierto que casi diez años de distancia (veinte desde la primera fecha) no son pocos en este campo y el libro deja por momentos esa impresión. Mucho se ha andado en una década, sobre todo en lo que tan grato es a los autores: la mecanización. No es una objeción sino un recuerdo. El libro es hoy, y lo será por mucho tiempo, texto fundamental para el tema que desarrolla.

Jorge Aguayo ha realizado una labor meritisima. Hubiéramos preferido que transcribiera muchas de las citas de pie de página que ha eliminado, porque se sintetizan en algunas las opiniones de quienes se ocuparon del punto tratado o amplían informaciones. También que se mantuviera el suprimido capítulo 15 de la edición inglesa, donde se cita a instituciones propulsoras de la actividad bibliotecaria, como A. L. A., y se recuerda la labor de los bibliotecarios que dieron el primer gran impulso a las bibliotecas universitarias, Dewey entre ellos. Falta además algunas tablas y figuras, que el traductor compensa con la actualización de otras al año 1960.

GERMAN GARCIA
Viamonte 318, Bahía Blanca

